



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año I 19 de noviembre de 1887 Núm. 3



LAS CASTAÑAS

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

POR si no os lo han dicho, empezaré por poner en conocimiento vuestro que estos días se ha celebrado el centenario de la primera representación de la ópera *Don Juan*, de Mozart.

—¿Quién es Mozart?—se preguntarán muchos de vosotros; y algunos añadirán quizás:—¿Y qué tiene que ver Mozart con los niños?

Pues por eso os lo decía; porque Mozart, antes de ser hombre, fué uno de los niños más admirables que registra la historia de la niñez.

Y la historia de la música.

He querido sacar á cuento al gran Mozart para que sepáis que á los cuatro años sabía de música como un organista, y á los siete componía ya sonatas y tenía el título de maestro compositor.

Y como hoy parece que muchos se horrorizan á la idea de que un mocetón de doce ó catorce años se sepa *ya el b-a ba*, conviene que se citen esos hechos para que á lo menos estén un tanto tranquilos los pusilánimes y se convenzan de que no pelagra la salud de los niños con que á los siete años sean compositores de música.

Lo malo es que entran pocos Mozart en libra.

Ahora bien: el padre de Mozart, comprendiendo que su hijito prometía ser un gerifalte de la música, en lugar de dedicarle, por ejemplo, á la carrera de astrónomo, le facilitó todos los medios para que saliese un artista de *primitissimo cartello*. Y muy bien que hizo.

Porque es indudable que en la niñez es cuando se revelan las preferencias de los individuos por tal ó cual rama del saber ó del arte ó de la industria.

Y hay que atender á tales manifestaciones y dolerse cuando un niño no revela afición á nada, más que á holgar y divertirse.

Yo no estoy por los niños prodigiosos que quieren echárselas de hombre antes de tiempo, y estoy menos aún por que se dedique á los pequeñitos á trabajos y ocupaciones impropias de su edad; pero cuando se presenta un niño maravilloso, con franqueza, me gusta más que no cualquier danzante inútil.

Creed que no nos perderemos por sobra de aprender ni por



El vestido blanco de Juanito

exceso de aplicación, y que son más los niños á quienes perjudica la ignorancia que el saber.



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

No hay que asustarse, pues, si cualquiera de vosotros sale un Mozart, ó un Rafael, ó un Fortuny, todos los cuales fueron desde su más tierna edad verdaderas esperanzas del arte.

Pero es particular que los artistas más precoces sean por punto general los músicos.

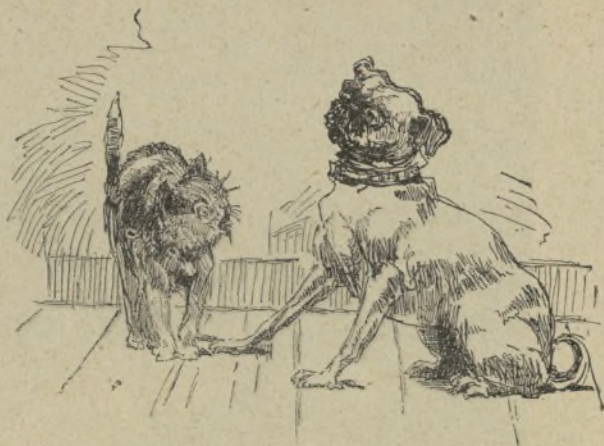
Hay muchos, en efecto, de los que en aquel arte ocupan el primer lugar que, balbuceando aún, revelaron ya asombrosas condiciones para el caso.

¿Queréis ejemplos? Aquí van: Cherubini, Piccini, compositores á los diez años; Rameau, á quien llaman el fundador de la ópera cómica francesa; el famoso violinista Paganini; Metastasio. Todos ellos eran unos verdaderos arrapiezos cuando comenzaron á dar señales de su genio.

Sin embargo, no solamente se puede desde niño manifestar afición á lo que está en solfa: otras aficiones hay no menos pronunciadas. Abriendo las páginas de la historia encontraremos multitud de *niños prodigiosos*

que fueron después brillantes lumbreras del saber; verbigracia: el grande orador Cicerón, el portentoso Pico de la Mirandola; los poetas Tasso y Ariosto, Lope de Vega y Calderón; Galileo, el físico; Haller, el fisiólogo; Pascal, el geómetra, etc., etc.

Hay niños que tienen verdadero furor por emborronar papel pintando *paises*, barcos, procesiones y, sobre todo, soldados. Otros la dan por construir muebles de madera, algunos por hacer *ex-*



Sultán y Psiquis



Sultán y Psiquis

perimentos, y no faltan ¡qué horror! quienes prefieren simular corridas de toros, lo cual sí es una verdadera abominación.

Huid de esa diversión, creedme, que nos hace aparecer á los ojos de las naciones civilizadas como un pueblo grotesco, incapaz de atender á nada formal.

Preferible mil veces es la precocidad artística, literaria ó científica, que la precocidad torera: entre un Mozart que á los siete años era maestro compositor, y un chicuelo que á la misma edad no piensa más que en dar muerte á los pobres animales, es preferible lo primero.



Sultán y Psiquis

Con el cultivo de las artes y las ciencias las naciones se engrandecen y prosperan; con las brutales salvajadas de sangrientas y bárbaras diversiones los pueblos decaen, las costumbres se corrompen, y los pueblos retroceden en vez de adelantar.

ANTOÑITO



Ayuntamiento de Madrid

LAS DOS MADRES

EL hotel es riquísimo: blandas alfombras cubren los suelos; cuadros y espejos las paredes; espléndidas arañas cuelgan del techo. Aquello es un nido con plumas de faisán.

Dicen las gentes que el dueño de la casa se ocupa mucho más de sus negocios y del manejo de sus riquezas que de las necesidades morales de su hogar.



Una pareja extraña

Es un gorrión que deja una talega de trigo en el nido, y para traer otra se ausenta un año.

No sabe el pobre que el calor de su cariño es más útil que el calor de sus estufas.

Este hombre tiene un hijo, Alfredito, tierno, delicado, angelical, encantador; nacido entre sedas y dormido sobre plumas.

La madre del niño, D.^a Virtudes, le cuida con esa especie de solicitud romántica que sienten las madres apasionadas de sus hijos: en el pequeñuelo se concentran todas sus ilusiones, sus esperanzas, su vida. El viento que penetra por las rendijas de las ventanas es un enemigo que conspira contra la exis-

tencia de Alfredito; el duro suelo de las calles puede lastimar sus pies; el agua fría baldar sus miembros; el sol ardiente quemar su piel; y, para librarle de todos estos enemigos que le rodean incesantemente, la madre se desvela cerrando las ventanas, lavándole con agua templada, sacándole del hotel entre los almohadones del coche, é impidiendo que la Naturaleza maltrate con



Cómo Elena alimentaba su cordero

sus caricias rudas aquel cuerpecito infantil, delicado y tierno, que vive, como una flor de estufa, rodeado de cristales y cubierto de persianas.

El niño tuvo celos del perrito encanijado y enclenque, goloso y blando, que dormía siempre en el regazo de su dueña ó hecho un ovillo junto á las brasas de la estufa.

—Que se vaya... Que se vaya...

Esto decía el niño, lloroso, mirando al perro como á un rival, dirigiendo hacia él sus puñitos inofensivos, que parecían de nieve.

La madre abrió la puerta, y de un puntapié arrojó á *Mumú* (el perro) á la calle.

Alfredito sonrió con satisfacción; y sobre las faldas de su madre acurrucado, y tembloroso aunque no hacía frío, ocupó triunfante el lugar de *Mamá* mientras la madre le cubría el cuerpo con un chal de cachemira.

Una tarde, al subir Alfredito á su coche, el hijo de la portera le dió un pelotazo en una pierna.

Alfredito lloró: la portera estuvo á punto de ser despedida.

D.ª Virtudes velaba junto al lecho de su hijo. La mesa de noche estaba



Teodoro y su perro

atestada de botellas y vasos: media botica había caído allí. Sobre un colchón de plumas dormía el niño, y una cubierta, de plumas también, le abrigaba y envolvía. Entre aquellos almohadones Alfredo ocultaba la insignificancia de su cuerpecito blanco y frío, dando señales de que allí estaba, más que por el volumen de sus miembros, por una tos breve y seca que parecía brotar de entre las plumas del lecho.

No se oía volar una mosca, ni se veía penetrar un rayo de sol, ni se notaba un soplo de viento.

La madre acariciaba, sin cesar, el rostro flaco del niño enfermo, que parecía animado por una sola gota de sangre; le frotaba con los dedos las venitas azules de las sienas, por las que no se advertía el movimiento del latido ni el calor de la vida; le besaba los ojos, medio entornados por la flojedad de los

párpados; le besaba la boca, descolorida y entreabierta, sin expresión ni calor, por la cual se escapaba, como un hilo de viento, el último suspiro.

La noche fué terrible. El niño tosía, tosía siempre, pero no hablaba, ni oía, ni miraba: parecía un cadáver con estremecimientos de tos; el olor de las medicinas inficionaba el aire de la alcoba; y el silencio de aquella estancia sólo era interrumpido por la tos del niño y por los sollozos de su madre.

A eso de las doce del día, Alfredito puso los ojos en blanco, retorció sus manos, apretó sus dientes, sus finísimos cabellos caían en desorden sobre su frente blanca, y las pequeñas manecitas del enfermo aparecían convulsas, con los dedos en garfio, dando zarpazos al aire.

—¡Se muere! ¡Se muere!—exclamó la madre con voz desgarradora. Advirtiéndolo después que Alfredo boqueaba con angustia, añadió:

—¡Se ahoga! ¡Hijo de mi alma!

D.^a Virtudes dirigió una mirada de desprecio á las medicinas que atestaban la mesita de noche, y, dirigiéndose á una ventana, la abrió de par en par.

El sol penetró, llenando de vida y de colores aquella habitación: quebraba sus rayos en el cristal de las arañas, en los espejos, en los muebles.

El niño cerró sus labios para recibir el último beso que la madre Naturaleza le daba cuando ya era demasiado tarde.

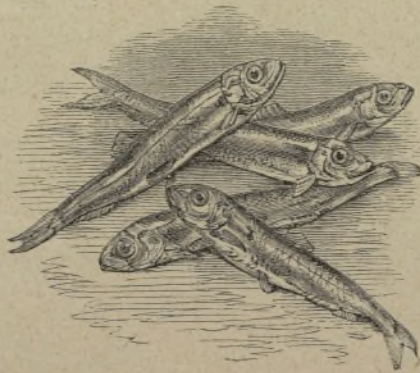
El hijo de la portera, tumbado en el jardín, recibiendo á boca llena todas las caricias del sol y de las flores, con sus manos duras y rollizas hacía castillos de arena, donde se empeñaba en encerrar unas lagartijas que había hecho prisioneras.

De pronto este rapaz alegre se echó á reír. *Mumú* había entrado en el huerto por una gatera. El animal no tenía su aire encogido y blando: corría por todas partes con la soltura del perro bohemio, batallador, audaz, robusto.

D.^a Virtudes lloraba la muerte de su hijo y *el sol reía en los cristales*.

Así la madre Naturaleza es cruel con los hijos ingratos.

RAFAEL TORROMÉ



LA TARDE

¡Qué deliciosas horas
las de la tarde!
¡Con qué trinos tan dulces
cantan las aves!
¡Cómo murmura
el apacible viento
por la espesura!

El mundo, cual gigante
falto de aliento,
se duerme en el regazo
del Ser Supremo;
y auras y flores
prestan á su reposo
sueños de amores.

Un velo transparente
de blanca bruma
el lejano horizonte
confuso oculta;
y allá en el cielo
las nubes se deshacen
en grupos bellos.

¡Tal vez en esas horas
un fugitivo
recuerdo de los lares
en que nacimos
la mente acosa!...
¡Tal vez de nuestros ojos
el llanto brota!

¡Tal vez de la campana
la voz severa
nos recuerda lo breve
de la existencia!
Tal vez... ¡Quién sabe
lo que dicen al alma
sus ecos graves!

El hombre peregrino
cruza la tierra
cual sombra, cual arista
que el viento lleva:
siempre impulsado,
los mares de la vida
cruza bogando.

En el vasto desierto
de su amargura,
ocultando su rumbo
la noche oscura,
perdido el hombre,
solo, sin esperanza,
con sus dolores;

sin hallar una choza
ni sombra amiga
donde calmar el ansia
de sus fatigas;

¡cómo pudiera
sufrir de su camino
las asperezas?...
—

Ese tañido talento
de las campanas
es el eco bendito
de una plegaria;
son oraciones
que entonan conmovidos
los corazones.

Son acentos sublimes
que nos recuerdan
las ya pasadas, breves
horas serenas;
aquellas horas
cuyo perdido encanto
las almas lloran.

El soplo de la brisa
fugaz y leve
con su débil contacto
nos estremece.
¡Tal vez sentimos
los besos de una madre
que ya perdimos!

Mil amantes recuerdos
del alma brotan,
y confusas ideas
que nos trastornan;
y en vago anhelo
se anublan nuestros ojos
mirando al cielo.

Y una santa esperanza
bella, tan bella
como en lóbrega noche
fúlgida estrella,
nos reanima,
y seguimos la senda
de nuestra vida.

¡Dichoso el que en el páramo
de su existencia
halle la dulce sombra
de una palmera
donde consiga
reposar del cansancio
de sus fatigas!

¡Qué horas tan deliciosas
las de la tarde!
¡Con qué dulces gorjeos
trinan las aves!
¡Cuánto se goza!
¡Cuánto bien á los tristes
prestan sus sombras!

A. SCHINDLER

NUESTROS GRABADOS

LAS CASTAÑAS

Éranse dos hermanitos: fuéronse al bosque, y en vista de la abundancia de castañas que allí había, decidieron recoger unos cuantos puñados cada día, tostarlas y venderlas.

La hermanita las llevaba en el delantal, recogiénolas á medida que su hermano las cogía y descascaraba, operación ardua. Mientras duró el invierno no dejaron de ir al bosque, y al llegar la primavera encontráronse con dinero suficiente para hacerse un vestido cada uno.

EL VESTIDO BLANCO DE JUANITO

Este niño tenía el cabello rubio y rizado, y los ojos azules, y distinguíase además por su buen carácter. De vez en cuando, no obstante, huía de su casa para ir á echar al agua, á la



El vuelco

orilla del río, una barquita que le habían comprado. No le faltaba agua en su casa, mas parecíale no tener aquí suficiente espacio. Cierta día su madre le echó de menos, fué á buscarle, y le encontró con el pantalón arremangado hasta las rodillas y haciendo maniobrar su barquita. La madre, muy enojada, condújole á su casa inmediatamente, y para castigarle le puso su vestidito de dormir, obligándole á que no se lo quitara en todo el día, pues guardó la otra ropa bajo llave. De este modo no pudo salir en todo el día, y pasó muy mal rato al ver como jugaban los demás niños.

Cuando sufrió este castigo dos ó tres veces, ya no volvió á escaparse más, y fué en adelante un buen chico.

SULTÁN Y PSIQUIS

Mi amo, el señor Alejo, tiene un gatito muy mal enseñado. Cuando yo era cachorro también me conducía como él; pero ahora estoy ya amaestrado.

Cuando el gatito entró por primera vez en casa, tenía muy mal genio y arañábame á menudo. El señor Alejo le ha puesto por nombre *Psiquis*; su pelaje es blanco y negro; y apenas me vió, la primera cosa que hizo fué arquear el lomo y precipitarse contra mí. Esto me pareció mal hecho y me propuse darle una lección. Con este fin acerquéme á él para amonestarle; pero sin escuchar razones me arañó en la nariz. Entonces resolví no volverle á decir nada en dos ó tres días.

Pasado este tiempo, hallábame una tarde durmiendo, cuando *Psiquis* se acercó á mi y comenzó á jugar con mi cola; aproveche la ocasión y agité dicha parte con tal fuerza que hice rodar á mi compañero por tierra. Desde entonces hemos sido los mejores amigos en el mundo.

Cierto día observé que no sabía comer con limpieza: hacía saltar la leche del plato, por efecto de su avaricia, y manchaba el suelo. Para corregir á *Psiquis* apliquéle un correctivo, y sin duda no lo olvidó, pues ahora come con mas limpieza. Cuando haya crecido, creo que será un gato modelo, y cuando menos estará muy bien enseñado.

UNA PAREJA EXTRAÑA

Un saltamontes y una araña iban paseando por la calle, y el primero decía á la segunda:—Debes procurar mostrarte risueña con todos los que encontremos.—Y tú,—replicó la araña, mirando á su compañero con expresión burlona,—debes hacer lo mismo para agradar á los que nos vean.—Tú tienes mucho orgullo,—repuso el saltamontes,—y no miras que sólo eres una mísera araña y que te honro mucho aceptándote por esposa.—Pues, aunque sea araña, me tengo por tan buena como tú, y hasta me parece que te aventajo.

Discutiendo de esta manera, el saltamontes y la araña, que iban á casarse, llegaron tardé y no pudieron efectuar su boda, para la cual tenían convidados á todos sus amigos.

CÓMO ELENA ALIMENTABA Á SU CORDERO

Cierta mañana, antes de almorzar, Elena corrió á la habitación de los niños para referir á mamá alguna cosa terrible: dijole que los perros se habían introducido en el redil matando diez ovejas.

Elena vivía en una quinta y jugaba todos los días con los corderitos. La madre de uno de éstos se contaba entre las que fueron muertas el día anterior; y compadecida la niña de su hijuelo, que balaba lastimeramente y no podía aún comer la yerba, tomóle bajo su protección.

Elena pidió permiso á su mamá para alimentar al corderito con leche sirviéndose de un biberón; y concedido aquél, dirigióse al campo donde estaba el inocente animal,

Elena puso la extremidad del tubo de goma en la boca del corderito, y éste lo chupó como hubiera podido hacerlo una criatura, dejó de balar y olvidó á su madre muerta.

Elena cuidó celosamente á su corderito, dándole su alimento varias veces al día; y cuando el animal llegó á ser grande y fuerte, siempre se mostró agradecido á su bondad.

TEODORO Y SU PERRO

Teodoro tiene ocho años, es alegre y juguetón, y todos los días, cuando termina su estudio, salta y brinca de contento, entreteniéndose sobre todo con su fiel perro Sultán, que sabe hacer varias habilidades. Es negro, tiene el pelo rizado como el de algunos carneros, y á una señal de su infantil amo se sostiene en dos pies: Teodoro le pone entonces un palo entre las patas delanteras, cúbrele la cabeza con un sombrero y llama á sus amigos para que admiren su habilidad. Sultán sabe también hacer el muerto, pero está bien vivo, y no pierde de vista á su amo á fin de ponerse en pie apenas le haga la señal. Sultán es el más fiel amigo de Teodoro.

EL VUELCO

El coche se detuvo ante las puertas de la casa, y sus dos caballejos comenzaron á piafar con impaciencia, esperando á los niños Eduardo, Marta y Maria, que muy engalanados bajaron pronto, ansiosos de ir á paseo para aspirar el aire fresco del campo.

Los caballos partieron alegres, conduciendo su preciosa carga; pero de pronto ocurrió un imprevisto percance que acabó con la alegría de todos. Á orillas del camino, oculto en una

espesura, hallábase un gato enorme, que con aspecto amenazador parecía dispuesto á precipitarse sobre alguna presa. Sus ojos brillaban como ascuas, y, espantados los caballos, arrancaron á escape, completamente desbocados, sin cuidarse de su inocente carga. Después de franquear una considerable distancia, un fuerte choque contra un árbol hizo rodar á los cuadrúpedos por tierra, y los tres niños se libraron así de peor suerte.

Las afligidas madres llegaron muy pronto, y acongojadas recogieron á los pobres niños, que yacían en el suelo un poco magullados y cubiertos de polvo, y lleváronselos á su casa, donde no tardaron en estar tan hermosos y alegres como antes, gracias á los solícitos cuidados de que fueron objeto.

EL CUMPLEAÑOS DE JUANITO

—Juanito: ¿quieres ir á comprar una cosa á la tienda?

—¡Oh!—contestó el chico, que estaba haciendo bolitas de barro en el patio;—ahora tengo mucha ocupación: ¿no puede ir mi hermano?

—No,—contestó la madre, porque él tiene que hacer mas que tú. ¡Vamos! Ve corriendo, como un buen chico, y tal vez recibirás una alegre sorpresa cuando vuelvas. Darás este papel en la tienda y te entregarán lo que necesito.

—¿Que es, mamá?

—Poco te importa: no quiero que seas tan curioso.

Juanito se lavó las manos, tomó el papel y corrió á la tienda.

Apenas hubo salido, dos niñas salieron de un pequeño aposento donde estaban ocultas: eran primas del muchacho y habían ido á pasar la tarde con él porque era el día de su cumpleaños. La madre quería obsequiarlos á todos, y las niñas iban provistas de varios juguetes.

Cuando Juanito volvía á su casa con el paquete que le habían entregado en la tienda, ocurrióle mirar lo que contenía, por pura curiosidad: eran pastillas de malvavisco, es decir, la golosina que mas agradaba á Juanito.

—Estas deben ser muy buenas,—pensó. Y para cerciorarse de ello introdujose una en la boca; pero se le deslizó tan rapidamente por el gáznate, que no pudo juzgar, y parecióle indispensable comer otra para reconocer su bondad. La segunda pastilla le dejó tan buen gusto en la boca, que no pudo resistir á la tentación de tomar la tercera; y aunque comprendía que obraba mal, siguió comiendo más, casi maquinalmente, hasta que acabó con todas.

Las primas de Juanito esperaban con impaciencia.

—Yo le he visto entrar ya y subir escaleras arriba,—dijo el hermano.

Las niñas y la madre le buscaron por todas las habitaciones de la casa, llamándole repetidas veces, pero no se le encontró en ninguna parte: de modo que, cansadas al fin de esperar, se marcharon.

Cuando la madre subió para cenar, parecióle oír un sollozo que partía del cesto de la ropa, y, al mirar en el interior, vió á Juanito acurrucado.

Después de sacarle de allí, reprendióle con bondad su falta, y el niño prometió no hacerlo más; pero recordó largo tiempo que había pasado el día de su cumpleaños escondido en el cesto de la ropa por temor de que se le castigara.

NUESTRO EJÉRCITO

Va delante de todos el general Enrique, con su chaqueta encarnada y su pantalón gris: lleva la gorra adornada con plumas, apoya la mano en la empuñadura de su sable, y su aspecto bastaría para infundir pavor al enemigo. Sigue el capitán Pepe, con ademán resuelto y aire marcial: en su chaqueta lucen las charreteras doradas, entre las manos lleva preparada la carabina, y al verle diríase que está dispuesto á morir en defensa de la patria. Detrás va el brigadier Miguel, armado con un arco y preparada la flecha en la mano: brilla en su cinto la empuñadura de un puñal, y del costado pende la espada. En pos avanza el teniente Manolo, que lleva la cabeza cubierta con una gorra de papel y va seguido del sargento. Á decir verdad, este ejército parece componerse sólo de oficiales, y no todos se distinguen por su marcial continente, pues hay dos que llevan el arma al brazo y parecen dispuestos á emprender la fuga á la menor señal de alarma, mientras que el abanderado, luciendo una faja de seda, corre á incorporarse con sus compañeros, seguido de cerca por el pequeño tambor, que trata de tocar un redoble.

—¡Armas al hombro!—grita el general.—¡Adelante! Poco importa que nuestra sangre

se vierta en defensa de la patria!—Y los soldados avanzan animosos, mientras el tambor hace resonar su caja.

¡Dios bendiga al bravo ejército, desde el general hasta el último voluntario; porque de ese ejército de niños dependemos nosotros, nuestro país y nuestros hogares, puesto que algún día sabrán defenderlos realmente con las armas en la mano!

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Corrió al momento á despertar á sus hermanos y á su padre; pero por más que hacían éstos todos los esfuerzos imaginables para dominar el incendio é impedir que el fuego comunicara á las habitaciones, nada conseguían por soplar un viento muy fuerte en dirección á la casa. Jorge



El cumpleaños de Juanito

echaba cubos de agua al techo á fin de impedir que se inflamara. Todo en vano: algunas pavesas que no se pudo apagar cayeron en el techo, y en

menos de una hora todo el edificio estaba ardiendo. El primer cuidado de los jóvenes fué poner á su padre y hermanas en salvo, después de lo cual, con grande entereza de ánimo, reunieron todos los objetos de valor que podían ser trasportados y trabajaron activamente en salvar el surtido de mercería del pobre Jaime. Toda la noche estuvieron manos á la obra: á las tres de la mañana el fuego quedaba extinguido. Las tinieblas y el silencio sucedieron al ruido y á la agitación. Quedaba todavía indemne un techo, bajo el cual se retiró toda la familia durante algunas horas, hasta que la claridad del día vino á renovar el triste espectáculo de su ruina. El heno, la avena, la paja, los trojes de trigo, la granja, todo lo que contenía el patio, estaba consumido. Las paredes y algunas vigas semiquemadas del cuerpo principal subsistían aún, pero la casa no era ya habitable. Calculábase en más de tres mil duros la suma necesaria para reparar la pérdida ocasionada por aquel deplorable acontecimiento. ¿Cómo se había prendido fuego á la hacina de heno? Esto es lo que nadie sabía.

Jorge, que había hecho la hacina, hallábase bastante dispuesto á creer que el heno no estaba suficientemente seco y que en consecuencia se había calentado, y con esto echábase en cara su negligencia; pero su padre



El cumpleaños de Juanito

se apresuró á declarar que había visto, olido y tocado el heno cuando lo hacinaba su hijo, y jamás habían traído á la granja heno en mejor estado. Todo esto fué menester para tranquilizar la conciencia del pobre mozo, hasta que quedó completamente convencido de su inocencia al presentarle su buena hermana Paulina un cubo lleno de ceniza que habían dejado cerca de donde estaba la hacina. La criada, que era una buena chica, aunque un tanto descuidada, confesó que recordaba haber dejado casualmente, la víspera por la noche, el cubo en aquel lugar peligroso. Al atravesar el patio con las cenizas había oído á su novio que silbaba en el camino. Presurosa por acudir, había dejado el cubo en tierra, corriendo al encuentro de su futuro, y olvidado en fin las cenizas. Nada podía alegar en su defensa, á no ser que no viera hubiese todavía fuego en la tinaja aquella.

El honrado colono le perdonó su negligencia, diciéndole que ya veía cuánto se lamentaba de ella. La bondad de su amo excitó más vivamente aún su arrepentimiento: sollozaba como si su corazón hubiese querido romperse. Todo lo que se pudo hacer para calmarla fué dejarla trabajar tan asiduamente como era posible en interés de la familia.

No se pasó mucho tiempo en vanas lamentaciones: era menester dinero contante para reparar la casa y las granjas: Jaime vendió á un tendero de Monmouth todos los géneros que había salvado del incendio y entregó á su padre el producto de la venta.

—Padre,—le dijo;—me disteis este dinero cuando podíais hacerlo sin perjudicaros: ahora lo necesitáis y yo puedo pasarme sin él. Entraré de comisionista en alguna buena casa de Monmouth. Adelantaré poco á poco y haré mi camino. Muy extraño sería que no saliese en bien con la educación que me habéis dado.

(Se continuará)



Nuestro ejército

Soluciones á las charadas del número anterior: 1.ª CALAVERA. — 2.ª BESO

CHARADA

Con repetir la primera
ya mi charada adivinas,
y otro tanto ha de ocurrirte
cuando segunda repitas.
Leyendo dos y primera
la solución es la misma.
Si no acertaste, Perico,
de muy todo te acreditas.

CHARADA

Primera primera
le ha dicho á dos dos
que un todo te compre
y allí el profesor
te enseñe, Panchito,
del mar la extensión
y la isla que hermosa
tu cuna meció.

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de las charadas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID. — Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367. — BARCELONA.